

Granada en la beatificación del b. Ignacio de Loyola: un panegírico olvidado

JESÚS GUTIÉRREZ
*Wayne State University*¹

Oportuna ha de parecer, en esta revista y al aproximarse el centenario del nacimiento de San Ignacio (1491-1556), una mirada retrospectiva a la Granada de 1610 para recordar las fiestas que en esta ciudad y su Colegio de San Pablo se celebraron en la Beatificación del Fundador de la Compañía de Jesús. La relación de ellas, publicada unos meses más tarde, ofrece aspectos muy variados para comprender la totalidad de aquel vivir, complejo y fastuoso, de la España de Felipe III. Historiadores y sociólogos, críticos literarios y otros estudiosos de aquella sociedad encontrarán, en ésta y otras relaciones semejantes, datos significativos para su investigación.

Me propongo examinar ahora el sermón que un ilustre prelado pronunció el día mayor de aquella celebración. Tanto el predicador como el panegírico merecen rescatarse del olvido. Intento, a la vez, ir reuniendo y presentando materiales para un proyecto de investigación en curso, la figura del Santo de Loyola en la predicación española, proyecto que esbocé en un congreso reciente como "San Ignacio frente a los otros biógrafos"².

¹ Quiero expresar mi gratitud a varios colegas de Wayne State University, Detroit, al Dean Garret T. Heberlein y Dan Graff, encargados de los Programas de Investigación, al Dean D. Taylor y John Oliver del Colegio de Artes Liberales. Además a varios amigos granadinos, al P. Alfonso y la Hermandad de Capuchinos y a los PP. Eduardo Moore y Gabriel Verd de la Facultad Teológica. Todos han cooperado, de varios modos, a esta investigación ignaciana.

² Organizado por el Instituto de Filología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid, el "Congreso Internacional sobre San Juan de la Cruz y San Ignacio de Loyola: Dos polos hispánicos"; tuvo lugar en Madrid-Pastrana del 2 al 7 de julio de 1990.

Texto de la relación

En varias bibliografías podrá verse la descripción, con mayor o menor detalle, de esta obrita de 96 folios numerados, precedidos de 4 hojas. Útiles son el *Catálogo de la Biblioteca Salvá*, I, n° 343, que presenta un perfecto ejemplar, el mismo que luego pasaría a la Hispanic Society de Nueva York; la *Tipografía hispalense* de Escudero y Perosso, n° 941, y las *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España* de Alenda y Mira, n° 520. Don Jenaro sólo vio dos ejemplares que coincidían en tener cortada la parte inferior de la portada (quizás, imagino yo, eliminando el grabado de S. Ignacio), y suponía él que allí se leería el nombre del autor. Este no se indica en ninguno, si bien la dedicatoria a don Gómez Dávila, 2° Marqués de Velada, la ofrece “el Rector y Colegio de la Compañía de Jesús en Granada”³. El autor (o autores) se refugia en un “nosotros”, que claramente se identifican como los Padres del Colegio de San Pablo. En el fol. 3 escriben: “...sentimos ser nosotros los historiadores de nuestras honras, por no poder lograr y pregonar la que de todas maneras nos ha hecho esta gran ciudad ...” (he modernizado la ortografía a lo largo de este trabajo).

El título completo reza así: *Relación de la fiesta que en la beatificación del B. P. Ignacio fundador de la Compañía de IESVS hizo su Collegio de la Ciudad de Granada, en catorce de Febrero de 1610, con el sermón que en ella predicó el señor Don Sancho Dávila y Toledo, obispo de Jaén. Dedicada al señor Marqués de Velada* (Grabado en madera, mostrando a S. Ignacio con un libro en su mano derecha). Con Licencia. Impreso en Sevilla, en casa de Luis Estupiñán, año de 1610. Nótese que tanto el obispo de Jaén como el Marqués de Velada, hermanos, aparecen en la portada y reaparecen en la dedicatoria. La afición y devoción de aquellos próceres, y de su primo Mosén Rubí de Bracamonte y Avila, Corregidor de Granada, a la Compañía y a su colegio de San Pablo, son subrayados numerosas veces, “parece quiso N° S^r con dos brazos, eclesiástico y seglar, de la Ilustrísima casa de Avila, honrar y autorizar nuestra fiesta” (fol. 3).

A la dedicatoria sigue la tabla con sus dieciocho capítulos donde se condensa la relación: llegada de la nueva de la beatificación del P.

³ He encontrado en la *Relación* los nombres del P. Luis Ponce, Rector del Colegio de San Pablo, y de los PP. Agustín de Quirós y Tomás Sánchez, profesores del mismo Colegio. De este último se dice “bien conocido por sus libros” (fol. 12). Sánchez y Quirós son mencionados elogiosamente por Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Nova*, enumerando sus obras teológicas.

Ignacio a Granada, lo bien recibida que en ella fue, los carteles con que se anunció la celebración y certamen literario, la venida del obispo de Jaén, los fuegos artificiales y festejos de la víspera del gran día, el domingo 14 de febrero de 1610, cuando se celebró la Misa con el sermón que estudiaremos y el banquete que le siguió, con la participación, en todos estos actos y ceremonias, de todas las órdenes religiosas de la ciudad granadina. Las fiestas continuaron toda la semana, distinguiéndose los estudiantes del colegio de San Pablo con la máscara que hicieron desfilar el lunes 15. Los siguientes días hubo otros regocijos y fiestas además de los cultos religiosos.

Hemos de notar que, además del panegírico impreso en la *Relación*, se predicaron otros tres sermones. El martes 16 predicó el P. M^o Juan Galvarro, Prior de San Agustín, "muy aficionado amigo de la Compañía y así se echó de ver en el sermón, que era suyo, según hicieron de bien ambas cosas" (fol. 58). He encontrado un sermón de este mismo Galvarro predicado en la fiesta de la beatificación del B. Ignacio celebrada en Montilla, y luego impreso en Córdoba aquel mismo año de 1610. El jueves 18 hizo el sermón el P. M^o Carranza, Prior del Convento de Carmelitas calzados, "grande predicador como el mundo sabe y tan devoto y amigo de la Compañía" (Ibid.). No tengo otras noticias ni de este sermón ni de su autor.

Finalmente, el sábado 20, Gonzalo Sánchez Lucero, Canónigo Magistral y catedrático de Prima de Teología, predicó "un sermón tan lleno, tan docto, tan parejo y tan rico de grandezas del Santo y excelencias de su Religión que los predicadores tuvieron bien que alabar y los de la Compañía bien que agradecer y estimar, obligándonos no sólo con predicarlo, sino también con imprimillo a su costa" (fol. 66). He logrado ver este impreso, en cuyo título se insiste en la fiesta de toda la ciudad de Granada: *Sermón ... en la fiesta que hizo la ínclita ciudad de Granada, en el Collegio de S. Pablo ... a la Solemnidad de la Beatificación ... 20 de febrero deste año 1610. Dedícase a los Padres de dicho Collegio*. Sevilla, por Luis Estupiñán, 1610. De este teólogo y del P. Galvarro pueden verse noticias sobre sus vidas y publicaciones en la *Bibliotheca Nova* de Nicolás Antonio, a la que me remito. Ambos fueron famosos predicadores y sus sermones ignacianos serán examinados en otra ocasión.

El autor

También Nicolás Antonio escribió sobre la vida y obras de don Sancho Dávila y Toledo, nuestro predicador, nacido en la ciudad de Avila en 1546 y, según este bibliógrafo, “hijo primogénito de Sancho Dávila, Marqués de Velada, y de doña Juana Henríquez de Toledo”. Sin duda se trataría del primer Marqués de Velada, título concedido por Felipe II en 1557 a Gómez de Avila (? -1561), caballero del hábito de Santiago y último comendador de esta Orden militar, según leemos en el *Diccionario de Historia de España* (I, 422)⁴, del que me sirvo para estas identificaciones al no tener a mano otras historias nobiliarias más especializadas. En el mismo *Diccionario* se indica a “Sancho de Avila o Dávila, el famoso general conocido en su tiempo por el sobrenombre de *Rayo de la guerra*”, como padre de aquel primer Marqués⁵. No voy a detenerme, por la escasez de mis fuentes, en precisar la primogenitura de nuestro eclesiástico, que parecería más apropiada en su hermano, el segundo Marqués, ya aludido anteriormente⁶.

Estudió don Sancho en Salamanca, en cuya universidad fue elegido rector cuatro veces, “aumentando así con el prestigio de las letras el esplendor de su ilustre cuna”. Otra frase del mismo Nicolás Antonio, “sacrorum Bibliorum apud Salmanticos interprete”, nos lleva a pensar en un período de magisterio en aquella misma universidad. No puede dudarse de su talento, erudición y virtud, cualidades todas ponderadas por el bibliógrafo sevillano en su larga reseña.

Comienza muy pronto una brillante carrera en la Iglesia en la que constantemente asciende. De canónigo penitenciario en su Avila natal pasa a deán de Coria y allí recibe su primer episcopado, el de Cartagena, que administra de 1591 a 1600, año éste de su traslado a Jaén.

⁴ Me refiero al *Diccionario de Historia de España*, dirigido por Germán Bleiberg, 2ª ed., Madrid, Revista de Occidente, 1968, tomo I, p. 422.

⁵ Quiero añadir, para subrayar esta espesa selva de las genealogías, que en este mismo tomo I, y en la p. 1100, se reseña la vida de “Sancho Dávila (Avila 1523 - Lisboa 1583)”, gran militar y quien pudo haber merecido aquel título de *Rayo de la guerra*. No dudo perteneciera a la misma casa nobiliaria de los Avila, pero no lo indica el historiador, quien tampoco lo relaciona con los Velada.

⁶ Sobre este segundo marqués de Velada, don Gómez Dávila (15? -1616), indica el *Diccionario* citado, tomo III, p. 919, que “ocupó varios cargos en la corte de Felipe II y fue ayo del futuro Felipe III, quien, al subir al trono, le nombró mayordomo mayor. El marqués de Velada fue de los pocos consejeros de Felipe II que el duque de Lerma mantuvo en el Consejo de Estado. Pero su influencia en la corte y en la política fue nula. Velada cifró todos sus anhelos en alcanzar grandeza, que al fin consiguió en 1614, por lo mucho que le estimaba Felipe III”.

Del santo reino pasa a Sigüenza en 1615. En 1622 toma posesión del obispado de Plasencia donde muere el 6 de diciembre de 1625.

No permite la ocasión ampliar este *curriculum vitae* que, si bien pudo estar condicionado por la sangre en su inicio, luego fue perfeccionado con la propia virtud y dedicación pastoral, las que reaparecen en todos sus ministerios. Notable entre éstos fue su preocupación por la educación de la juventud que le llevó a fundar el seminario de San Fulgencio, al que dio él mismo las constituciones en 1592. Años más tarde, en 1599, funda el colegio de Nuestra Señora de la Anunciata y lo entrega a la dirección de la Compañía de Jesús.

Hay otra circunstancia, el haber sido confesor y corresponsal de Santa Teresa de Jesús, de la que era algo pariente por parte de los abuelos, por la que es recordado y su nombre reaparece siempre unido a su gloriosa paisana. No he de demorarme en esto⁷.

Sus estudios y dedicación a las letras se muestran en una obra voluminosa, en gran folio, titulada *De la veneración que se debe a los cuerpos de los Santos y a sus Reliquias y de la singular con que se ha de adorar el Cuerpo de Iesu Christo nuestro Señor en el Santísimo Sacramento cuatro libros al Rey nuestro señor Don Phelippe III*. Fue impreso en Madrid, por Luis Sánchez, en 1611. La obra debió estar concluida antes de 1609, pues en octubre de aquel año don Sancho dio orden a varios canónigos y eclesiásticos de censurarla. Lo hicieron de nuevo en Salamanca en agosto de 1610. Luego, en octubre del mismo año, concedió el Rey el privilegio, designándole en él como "de nuestro Consejo". La tasa está firmada en Madrid a 8 de agosto de 1611.

En la dedicatoria al Rey, don Sancho indica que las cosas de que trata en su libro son "conformes a la devoción de V. Majestad como me aseguró mi hermano el Marqués de Velada, mayordomo mayor de V. Majestad". Estaba firmada en Baeza a 7 de septiembre de 1610, es decir, pocos meses después del panegírico que estudiaremos enseguida.

Antes de esta obra había publicado don Sancho una *Vida de San Vidal, Arcipreste y Mártir de Toledo*, (Baeza, 1601), y una traducción

⁷ Aludiremos después a la evocación de Santa Teresa hecha por don Sancho en el panegírico. Las cartas escritas por la Santa a este prelado pueden verse en la edición de sus *Obras completas*, tomo III, preparado por los PP. Efrén de la Madre de Dios y Oteger Steggink, Madrid, B A C, 1959, pp. 703-704, 722-724, 803-804. Además de esta tres cartas, escritas entre junio de 1581 y agosto de 1582, creen los editores que debieron de cruzarse otras epístolas entre la Santa y su antiguo confesor.

de textos agustinianos reunidos y publicados como *Los suspiros de San Agustín* (Madrid, 1601 y 1626). Nicolás Antonio menciona otros manuscritos hagiográficos que tuvo en su poder el erudito don Tomás Tamayo, *Vidas de S. Agustín y de Santo Tomás*. Finalmente hay que recordar *Los sermones que predicó en las cuatro ciudades de su obispado, Jaén, Ubeda, Baeza y Andújar en las exequias de la Sereníssima Reina de España, doña Margarita de Austria el año de 1611* (Baeza, 1615), libro que menciona el mismo Palau en su *Manual del librero hispanoamericano*, pero que no he logrado ver.

Las materias de estas obras, la teología, las hagiografías, la piedad y las oraciones fúnebres, todas vienen a confirmar la dedicación de este prelado a su doble vocación intelectual y pastoral.

El sermón

Ocupa este panegírico los folios 32r a 44v de la *Relación*. Una primera lectura de su texto podría causar cierto sentimiento de decepción ante la aparente sencillez tanto del contenido como de la expresión oratoria. Adelantamos que no se trata de un sermón, ni “de campanillas”, ni de “tabla”, si se permiten estas caracterizaciones tradicionales. Ni sorprende por su aparato o elocuencia elevada, ni por su carácter de obligación ingrata que hay que descargar.

Un texto, incluso un sermón, no se entrega nunca a la primera lectura. El contacto pausado y reflexivo siempre nos descubre aspectos que la lectura superficial no puede desvelar. La extensión moderada de este discurso (hay sermones de 20, 24 y hasta 30 folios) es sintomática y se combina bien con la medida y elegancia que le caracterizan. Nos encontramos frente al fruto sazonado de un teólogo y humanista que ha estudiado la Sda. Biblia y los comentarios de los SS. Padres y otros escritores eclesiásticos, pero no ignora ni los estudios clásicos ni las publicaciones contemporáneas. Es una prueba del ministerio de este obispo “obligado al oficio de la predicación con espíritu apostólico” (f. 33). Desde el exordio nos confiesa éste que su primer intento era “satisfacer a las alabanzas del Bienaventurado Padre Ignario” (Ibid.). Los otros dos objetivos del panegírico, glorificar a Dios y edificar a los fieles imitando las gloriosas acciones del santo están implícita y explícitamente reiterados a lo largo del sermón.

Hay en él otras dimensiones más complejas que es necesario subrayar, siquiera brevemente. Reunida “toda Granada” en la iglesia

del Colegio de San Pablo, en la presencia del Arzobispo y alto clero, del Corregidor y de la nobleza, con representaciones de todas las Ordenes religiosas, de la Audiencia y de la Chancillería, la celebración de la beatificación del Fundador de la Compañía de Jesús adquiriría importancia histórica para esta religión y sus miembros. La elección del predicador, quien con su prestigio, prudencia y sabiduría pudiera encomiar al nuevo Beato y hacerle aceptable a todos los presentes, era crítica e imponía la primera tarea del orador, el bienquistarse con su auditorio, la *captatio benevolentiae* definida por la retórica tradicional.

Veamos cómo lo logra en el exordio, en apariencia sencillo, en realidad muy pensado y trabajado. (No siendo posible transcribir el sermón completo, he seleccionado aquellos pasajes más significativos y que proyectan la interpretación de la figura del Beato).

El texto que toma como punto de partida es aquel de Lucas 12, que se lee en el evangelio de la Misa de los confesores: *Sint lumbi vestri praecinctorum et lucernae ardentes in manibus vestris*. Comienza así:

El Espíritu Santo da a sus predicadores el nombre de ríos (Ego, Sapientia, effudi flumina, Eccl. 24) y en esta metáfora se dan a entender muchas propiedades. [Digresión sobre los diversos caudales de los ríos, competencia entre los comarcanos sobre cuáles son los mejores o más caudalosos, el caso de Naamán sirio, etc.].

Así puedo yo admirarme, habiendo visto la frescura de estos ríos Genil y Darro, que corren por esta tierra, hayan querido traer aguas del Guadalquivir a ella. Esto es, que habiendo tan grandes predicadores en Granada, hayan buscado por los ejidos de Jaén quien venga a predicar en esta solemnísimas fiesta de la beatificación del Bienaventurado Padre Ignacio. Y debe ser la causa no que las ventajas de los de acá no sean mayores, sino que sin duda llegó por allá alguna voz suya, más apacible y poderosa que la de Orfeo, de quien dijeron los Gentiles que con su canto traía a sí las piedras y las fieras y arrancaba los robles y las encinas, y a los ríos, dejando su curso acostumbrado, les hacía volver atrás.

Esto vemos que ha hecho en el mundo este glorioso Padre mucho mejor que el otro Orfeo, pues con sólo un libro pequeño de sus Ejercicios ha llevado tras sí por el camino del cielo corazones más duros que las piedras y hombres más que fieras en sus costumbres y más dificultosos de arrancar de los vicios en que

estaban que si fueran robles. Faltábanos por ver la maravilla de los ríos y ésta se ve hoy, pues a sola una voz de este Beatísimo Padre, dada por sus hijos, deja un pequeño río el humilde suelo por donde suele correr, subiendo arriba tan desusadamente como si volviera atrás.

Así justifica su venida. Reitera el intento del sermón. Para alcanzarlo necesita la gracia divina, invocando a la Reina de los Apóstoles, diciéndole el AVE MARIA. Se ajusta, pues, a la forma habitual.

El cuerpo del sermón comprende varias partes derivadas todas de la exégesis del texto ya enunciado. Primeramente, "el intento de este santo evangelio es enseñarnos cómo nos habemos de aparejar para la muerte, pues siendo ésta buena nos califica no menos que con el nombre de bienaventuranza" (f. 33). Comparando después las decisiones del Sumo Pontífice al designar a los muertos santos o beatos con las voces proféticas de Ezequiel (37), explica:

Así hoy, a esta primera voz del cielo se levantan aquellos santos huesos de nuestro Beato Ignacio mostrando en esto la vida bienaventurada de que goza su alma para que el mundo los adore (sic) y no a solas, ni secretamente, sino con tanto ruido que Ecce commotio, que a su elevación se commueve el mundo y que todo él anda ahora ocupado en fiestas. Mas, cuando llegue la segunda voz de la canonización (que esperamos pronto), vendrá a ser esta vida perfecta porque será para nosotros una nueva confirmación de la verdad de ella. Tal es la fuerza que tiene esta voz de la beatificación para dar vida a los muertos.

Amplía después la idea del culto y las celebraciones para desarrollar una larga y hermosa comparación entre mártires y confesores, cada cual con su propia corona, "las rosas son para los que pelean en el escuadrón de los mártires y las azucenas blancas son para los que vencen en la paz, entendiéndolo por ellos a los confesores" (f. 35). Después de enumerar a muchos a quienes se dio el nombre de confesores en la primitiva Iglesia, justifica su aplicación a Ignacio:

Conviene el título al gloriosísimo Padre Ignacio pues en su vida padeció tantas persecuciones y tan grandes que toda ella parece un martirio prolongado. En Salamanca lo tuvieron preso en una cadena como a malhechor; en Alcalá le quisieron castigar por encubridor; en París estuvo a punto de azotarle (sic), y en

Roma fue adonde padeció más, pensando muchos que sus santos intentos eran fingidos.

Este texto adquiere así una ambigüedad, quizá intencionada, puesto que al designar a Ignacio como confesor, el predicador deja entender que merece igualmente el título de mártir.

La parte central del sermón reitera el texto inicial ampliando la exégesis del mismo, "el ceñirse entre las gentes de Palestina era la prevención que más importaba para aquellas obras en que fuese menester puntualidad y presteza". En nuestros días, "el ceñirnos y aparejarnos para la muerte exige quitar los estorbos mayores en nuestra vida que sin duda son los de la carne y de su sensualidad" (f. 36). Su razonamiento estriba en que "este solo vicio entre los demás dura de ordinario hasta la muerte, y con esto no da lugar a mirar por nosotros para aquella hora" (f. 37). El tema se desarrolla con amplitud en varias direcciones hasta llegar a distinguir dos caminos para lograr la castidad, el ordinario por medio de la mortificación y larga penitencia, y el extraordinario como don preciosísimo de la mano de Dios. Pocos lo han recibido, uno de los más conocidos fue el glorioso y Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino, en cuya historia se detiene. Y continúa el paralelismo:

Diósele también por extraña y milagrosa manera a este otro Angel que ahora se nos muestra de nuevo en la tierra, nuestro glorioso Padre Ignacio que no mucho después de su conversión, estando despierto una noche tuvo una maravillosa visión, en la cual se le apareció nuestra Señora con su hijo precioso en los brazos. Y entre los demás grandes favores que le hizo en esta ocasión esta Señora fue uno el darle de su mano el don de la castidad, con el cual quedó tan ceñido toda su vida sin sentir ningún desorden de allí adelante en sus apetitos, que de esta manera subió para siempre a reinar al pueblo de los ceñidos (f. 39).

Y bien se echa de ver cuánto estimó este rico don de la castidad, después que le recibió de tal modo, pues le dejó por herencia a su Compañía habiendo resplandecido siempre en toda ella. Es la castidad una de las insignias mayores de que es alabada de todos (y con razón) esta sagrada religión. Y no es mucho que en la tierra sea tan honrada por esta virtud, pues lo es en el cielo mucho más, según se nos da a entender por una revelación que escribió en su Vida (cap. 38), nuestra santa Madre Teresa de Jesús, fundadora de la nueva reformación de la Orden del Car-

*men, a quien yo conocí y traté, con no pequeña ventura mía, en la cual dice que vio en el cielo a muchos de la Compañía, y con una bandera blanca a cada uno, que denotaba la castidad, que así lució en ellos como prenda que tanto les deseó y procuró su Bendito Padre, después de haberla él recibido*⁸.

Con este testimonio de la Santa de Avila y el recuerdo sobrio pero emocionado de su relación personal con ella, don Sancho explica *et lucernae ardentes in manibus vestris* del texto inicial, como la luz de la doctrina necesaria para alcanzar las obras buenas y con ambas prepararnos a la muerte. Al insistir sobre el perfeccionamiento mutuo entre doctrina y obras, alude a unos consejos "de aquel Serafín de la Iglesia en santidad, el glorioso Padre San Francisco, que todos los santos se huelgan tanto en la fiesta de esta beatificación de nuestro gloriosísimo Padre que nos ayudan a celebrarla (f.41)". Luego reflexiona sobre Ignacio y explica:

Siendo menester para las obras luz, cuanto ellas fueren mayores, habrá menester más particular luz, de suerte que de la grandeza de ésta podremos colegir bien la grandeza de las obras. Oh Beatísimo y en todo admirable Padre Ignacio y cuán grandes y soberanas fueron vuestras obras, pues siempre iban acompañadas de tanta luz. Fue grande la de la fe y a ésta se juntó también la de la doctrina y sobre ellas fueron grandes obras más particulares luces de sobrenaturales y divinas ilustraciones. Fue muy favorecido de Dios este glorioso Santo con maravillosas visiones en que le comunicó gran luz y conocimiento de sus misterios (f.41).

Y porque sería largo contarlas todas, será bien que reparemos ahora en una que fue aquel raptó extraordinario que tuvo de siete días, enagenado de los sentidos como si estuviese muerto.

⁸ Como es sabido, en el *Libro de la Vida*, cap. 38, después de hablar del Rector de la Compañía de Jesús y de las mercedes que Dios le hacía, escribe Sta. Teresa: "De los de la Orden de este Padre, que es la Compañía de Jesús, toda la Orden junta, he visto grandes cosas: vilos en el cielo con banderas blancas en las manos algunas veces y, como digo, otras cosas he visto de ellos de mucha admiración; y ansí tengo esta Orden en gran veneración, porque los he tratado mucho y veo conforma su vida con lo que el Señor me ha dado de ellos a entender". - Véanse sus *Obras completas*, tomo I, edición de los PP. Efrén de la Madre de Dios y Otilio del Niño Jesús, Madrid, B A C, 1951, pp. 850-851. Antes, la Santa ya había expresado su alta opinión de los Padres al recordar " ...veo fue todo para mayor bien mío, porque yo conociese y tratase gente tan santa como la de la Compañía de Jesús", *Ibidem*, p. 735, (cap. 23).

El tiempo tan largo que duró este éxtasis da bien a entender su grandeza y, siendo tanta, cierto es que no habrá lengua humana que baste a decir la luz de las cosas celestiales que aquí se le comunicaría. Y si era luz para las manos, en orden a alguna obra de extraña grandeza, tal debía de ser ésta pues fue menester para ella tan extraordinaria luz (f.42).

Después de ponderar la singularidad de esta merced se pregunta el orador: "Tanta luz como la de este rapto ¿a qué obras se encaminaba?. Respondiendo: "Al magisterio y predicación de la gentilidad". Después de citar los *Hechos de los Apóstoles, Segregate mihi Paulum et Barnabam in opus ad quod assumpsi eos* (Act. 13), presentando a Ignacio como el nuevo San Pablo, prosigue:

Queríale Su Majestad para nuevo Apóstol de otra gentilidad (que nuevamente se descubría entonces) por medio de la Religión que había de fundar. Había de ser aquesta tan provechosa en el mundo como la experiencia ha mostrado y mostrará más cada día (f.42).

Compara después el rapto del Beato Ignacio con los raptos de San Pablo y de San Benito, "que recibió tan singular merced por ser el primer Patriarca de las religiones", ampliando:

Bien podemos entender del rapto de nuestro Beatísimo Ignacio que, habiendo sido tan grande como muestra el tiempo que duró, llegaría a un conocimiento de Dios tan subido, pues en él se daba principio al nuevo Apóstol de su Religión que tanto había de servir en la Iglesia extendiendo por toda la gentilidad la noticia de este gran Dios Señor nuestro (f.43).

Y no sólo para fundar esta sagrada y nueva Compañía fue ilustrado con tan divina visión, sino que también tuvo otra para haberle de dar nombre tan soberano como el que hoy tiene de Compañía de Jesús. No fue por cierto vanidad, ni soberbia el tomar nombre tan magnífico (como dicen hoy los miserables Calvinistas), sino querer por ventura obligar más con él a sus hijos, a lo que significa el nombre de Jesuitas (Ibid.).

Citando a San Epifanio, recuerda que Jesuitas llamaron a los primeros discípulos de Jesús antes de conocerlos como cristianos. Aquel nombre fue entonces, y lo es ahora, apropiado por su significación de "médicos o salvadores", y así será "de propósito el tenerle los de esta

santa Compañía, pues su instituto y sus letras y su celo y cuanto tienen se ordena tan de veras a la salud de las almas" (f. 44). Se detiene en los "buenos sucesos de esta Religión, su extensión en 29 provincias, el incremento de tan grandes sujetos en santidad y doctrina que tanto sirven a la Iglesia, los 250 autores que la han ilustrado con sus escritos" (Ibid.), para culminar en el centenar de "santos mártires que la hermosean con su sangre". De todas las coronas de ellos, prosigue, "se le puede hacer una a nuestro Bienaventurado Ignacio que, como padre, tiene tanta parte en su martirio".

Con la adaptación de un texto de San Ambrosio que aludía al hallazgo de los cuerpos de los SS. mártires Nazario y Celso, "ya que yo no soy mártir, cumplo con estos que os he hallado", refuerza una idea insinuada anteriormente y concluye el panegírico con esta exhortación final que es a la vez una súplica:

Y habiendo el Santo Ignacio desde el cielo procurado ya ciento para su Compañía, con cuánta más razón podrá decirle: Quia ipse Martyr esse nequeo hos vobis martyres acquisivi. Él es, sin duda, el que desde allá la enriquece con tal tesoro y le procura los mártires y le da los doctores y la ampara y favorece con tanto aumento de letras y santidad y de estos bienes también podemos esperar que nos comunique algo de su mano a sus devotos, que con tanto deseo de su servicio nos hemos juntado aquí a celebrar su fiesta; y en nombre de todos le suplico yo se acuerde de cada uno, y de las ovejas que dejo en mi rebaño por venirle a servir para que por su intercesión seamos todos socorridos y alcancemos aquí la gracia y después gocemos en su compañía de la gloria. Ad quam nos perducat Iesus Christus Mariae Filius. Amen.

Ya indiqué que, al seleccionar los textos preferí aquellos que se relacionaban directamente con el nuevo Beato. Así va tejiendo el predicador un tapiz variado en que se superponen paralelismos, desde el humanismo clásico —nuevo Orfeo— hasta el cristianismo más universal —nuevo San Pablo—, y se acumulan ricas comparaciones y equivalencias prestigiosas. La referencia a Sto. Tomás y a su castidad, las alusiones a S. Francisco, a S. Benito y S. Ambrosio han sido escogidas cuidadosamente. El testimonio de Sta. Teresa añade una doble proximidad, al orador y a todos los fieles de España. La figura del P. Ignacio se agranda en sus virtudes y en sus dos obras más visibles: los *Ejercicios* y la Compañía de Jesús. Curiosamente no se mencionan los milagros. Estos reaparecerán en innumerables sermones.